



XVI

QUOT LIBRAS IN DUCE?

La batalla de Waterloo es un enigma. Tan oscura es ella para los que la ganaron como para el que la perdió. Para Napoleón es un pánico<sup>1</sup>; Blücher no ve en ella más que fuego; Wellington nada comprende. Leed si no los partes. Los despachos de campaña son confusos, los comentarios embrollados. Estos se muestran balbucientes, aquellos tartamudean. Jomini divide la batalla de Waterloo en cuatro momentos; Muffling la distribuye en tres peripecias; Charras, bien que en algunos puntos nuestra apreciación difiera de la suya, es el solo que ha comprendido, con su

<sup>1</sup> « Una batalla terminada, una jornada concluida, falsas medidas reparadas, mayores triunfos asegurados para el día siguiente, todo se perdió por un momento de terror pánico. »

(NAPOLÉON. *Mémoires de Santa Elena.*)

penetrante golpe de vista matemático, los lineamentos característicos de aquella catástrofe del genio humano en lucha con el azar divino. Todos los demás historiadores sufren de cierta ofuscación, y en esta ofuscación marchan á tientas. Jornada fulgurante, en efecto, aquella en que se consumó el abatimiento de la monarquía militar que, con grande estupor de los reyes, removi6 á todos los reinos; caída de la fuerza, derrota de la guerra.

En este acontecimiento, que lleva el sello de una necesidad sobrehumana, la parte de los hombres es nada.

Suprimir á Waterloo para Wellington y Blücher, ¿ es por ventura quitar algo á la Inglaterra y á la Alemania? No. Ni esta ilustre Inglaterra ni aquella augusta Alemania están en cuestión para nada en el problema de Waterloo. Gracias al cielo, los pueblos son grandes preescindiendo de las lúgubres aventuras de la espada. Ni la Alemania ni la Inglaterra, ni la Francia caben, como la hoja de acero, en una vaina; en aquella época en que Waterloo no era más que un fragor de sables, por encima de Blücher tenía la Alemania á Goethe y por encima de Wellington poseía la Inglaterra á Byron. Nuestro siglo se distingue por un inmenso oriente de ideas, y en esta aurora, la Inglaterra y la Alemania brillan con un fulgor magnífico. Son majestuosas, porque son pensadoras. La elevación de nivel que ellas comunican á la civilización es intrínseca, como que procede de ellas mismas, y no de un accidente. El engrandecimiento que han adquirido en el siglo diez y nueve no reconoce por causa á Waterloo. Sólo los pueblos bárbaros experimentan un progreso repentino, después de una victoria. Es la vanidad pasajera del torrente cuyo caudal acrece la tormenta. Los pueblos civilizados, sobre todo en nuestra época, no se levantan ni descienden por la buena ó mala fortuna de un capitán. Su peso específico en el género humano re-

sulta de algo más grande que un combate. Su honor, gracias á Dios, su dignidad, su luz, su genio, no son números que esós jugadores á quienes llaman conquistadores y héroes pueden arriesgar en la lotería de las batallas. Generalmente, batalla perdida es progreso conquistado. Cuanta ménos gloria, más libertad. El tambor calla, y la razon toma la palabra. Es el juego de gana pierde. Hablemos pues de Waterloo friamente, por una y otra parte. Concedamos al acaso lo que es del acaso, y á Dios lo que es de Dios. ¿Qué es Waterloo? ¿Una victoria? No. Un quintero.

Quintero ganado por la Europa y perdido por la Francia.

Realmente esto no valia la pena de colocar allí un leon.

Por lo demas, Waterloo es el duelo más extraño y singular que jamas se haya llevado á cabo en la historia. Napoleon y Wellington, no son dos enemigos, sino dos contrarios. Dios, que se complace en las antítesis, no ha hecho nunca un contraste más patente, ni más extraordinaria confrontacion. Por un lado, la precision, la prevision, la geometría, la prudencia, la retirada asegurada con anticipacion, las reservas economizadas, una sangre fria imperturbable, un método algebráico, la estrategia que se aprovecha del terreno, la táctica que equilibra los batallones, la carnicería tirada á cordel, la guerra regulada reloj en mano, sin dejar nada voluntariamente al acaso, el antiguo valor clásico, la correccion absoluta; y por otro, la intuicion, la adivinacion, la rareza militar, el instinto sobrehumano, el golpe de vista flamante, cierta cosa que mira como el águila y que hiere como el rayo, un arte prodigioso en una impetuosidad desdeñosa, todos los misterios de un alma profunda, la asociacion con el destino; el rio, la llanura, la selva, la colina, intimados y como forzados en cierto modo á obedecer; el déspota que

va hasta tiranizar el campo de batalla; la fe en su estrella mezclada con la ciencia estratégica, y engrandeciéndola, pero turbándola. Wellington era el Barème, y Napoleon el Miguel Ángel de la guerra; y esta vez el genio fué vencido por el cálculo.

Por ambas partes se esperaba á álguien. El calculador exacto fué el que acertó. Napoleon esperaba á Grouchy, que no vino. Wellington esperaba á Blücher, que llegó á tiempo.

Wellington es la guerra clásica que toma su despique. Bonaparte, en su aurora, la habia encontrado en Italia, y la batió de un modo admirable. El viejo mochuelo huyó allí ante el jóven buitres. La antigua táctica quedó, no sólo aterrada, sino aterrorizada. ¿Quién era aquel corso de veinte y seis años, qué significaba aquel ignorante espléndido que, teniendo todo contra sí, y nada en su favor, sin víveres, sin municiones, sin artillería, sin zapatos, casi sin ejército, con un puñado de hombres contra masas enormes, se lanzaba así contra la Europa coaligada, y ganaba de un modo absurdo victorias en la esfera del imposible? ¿Quién aquel advenedizo de la guerra que se presentaba con el descaro de un astro? La escuela académica militar le excomulgaba tomando soleta. De aquí un implacable rencor del viejo cesarismo contra el nuevo, del sable correcto contra la espada brillante, y del cuadro de ajedrez contra el genio. El 18 de Junio de 1815, aquel rencor lanzó su última palabra, y por bajo de Lodi, de Montebello, de Montenotte, de Mantua, de Marengo y de Arcole, escribió: Waterloo. Triunfo de las mediocridades, grato á las mayorías. El destino consintió semejante ironía. En su ocaso, Napoleon volvió á encontrar frente á sí á Wurmser jóven.

Con efecto, para tener á Wurmser, bastará con blanquear el pelo á Wellington.

Waterloo es una batalla de primer orden ganada por un capitán de segundo.

Lo que es de admirar en la batalla de Waterloo, es la Inglaterra, es la firmeza inglesa, es la resolución inglesa, es la sangre inglesa; lo que tuvo allí de magnífico y de soberbio la Inglaterra, con perdón de ella sea dicho, fué ella misma. No fué su capitán, fué su ejército.

Wellington, soberanamente ingrato, declara en una carta á lord Bathurst que su ejército, el ejército que combatió el 18 de Junio de 1815, era « un ejército detestable. » ¿Qué piensa de esto la sombra mezclada con las osamentas que ocultan los surcos de Waterloo?

La Inglaterra ha estado, con respecto á Wellington, demasiado modesta. Hacer á Wellington tan grande, es hacer pequeña á la Inglaterra. Wellington no es más que un héroe como otro cualquiera. Aquellos escoceses grises, aquellos horse-guards, aquellos regimientos de Maitland y de Mitchell, aquella infantería de Pack y de Kempt, aquella caballería de Ponsomby y de Somerset, aquellos highlanders tocando la cornamusa bajo la metralla, aquellos batallones de Rylandt, aquellos reclutas, todos novatos, que apenas sabían manejar el fusil, haciendo frente á los rudos veteranos de Essling y de Rivoli; hé aquí lo que es grande. Wellington se mostró tenaz, en esto consistió todo su mérito, que nosotros no le contestamos, pero el menor de sus infantes y de sus jinetes fué tan sólido como él. El *iron-soldier* vale tanto como el *iron-duke*. Por lo que hace á nosotros, toda nuestra glorificación se dirige al soldado inglés, al ejército inglés, al pueblo inglés. Si hay trofeo, á la Inglaterra es á quien ese trofeo es debido. La columna de Waterloo sería más justa, si, en vez de la figura de un hombre, elevara ella á las nubes la estatua de un pueblo.

Pero esta grande Inglaterra se irritará de lo que aquí

decimos. Después de su 1688 y de nuestro 1789, todavía cobija ella la ilusión feudal. Cree en el doble principio, hereditario y jerárquico. Este pueblo, al cual no excede ningún otro en poderío ni en gloria, se estima como nación, no como pueblo. En tal concepto, de pueblo, se subordina de buen grado y toma un lord por cabeza. Workman, se deja desdeñar; soldado, se deja apalear. Sabido es que en la batalla de Inkermann un sargento que, según parece, había salvado al ejército, no pudo ser mencionado por lord Raglan, porque la jerarquía militar inglesa no permite citar en un despacho á ningún héroe de grado inferior al de oficial.

Lo que nosotros admiramos sobre todo en una lid del género de la de Waterloo, es la prodigiosa habilidad del acaso. Lluvia nocturna; pared de Hougomont; camino-barranco de Ohain; Grouchy sordo al estampido del cañoneo; guía que engaña á Napoleón; guía que instruye á Bülow; todo este cataclismo está maravillosamente conducido.

En suma, digámoslo de una vez, en Waterloo hubo más matanza que batalla.

De todas las acciones ordenadas, la de Waterloo es la que presenta el más reducido frente en tal número de guerreros combatiendo. Napoleón, tres cuartos de legua, Wellington media legua; setenta y dos mil combatientes en cada campo. De este espesor provino tan grande carnicería.

Hase hecho este cálculo y establecido esta proporción: Pérdida de hombres: en Austerlitz, franceses, catorce por ciento; rusos, treinta por ciento; austriacos, cuarenta y cuatro por ciento. En Wagram, franceses, trece por ciento; austriacos, catorce. En la Moskowa, franceses, treinta y siete por ciento; rusos cuarenta y cuatro. En Bautzen, franceses, trece por ciento; rusos y prusianos, catorce. En Waterloo, franceses, cincuenta y seis por ciento; alia-

dos, treinta y uno. Total para Waterloo, cuarenta y uno por ciento. Ciento cuarenta y cuatro mil combatientes; sesenta mil muertos.

El campo de Waterloo disfruta hoy de la calma que pertenece á la tierra, sustentáculo impasible del hombre, y se asemeja á todas las demas llanuras.

Durante la noche, sin embargo, parece como que se desprende de allí una especie de bruma visionaria; y si algun viajero transita por aquel sitio, si mira, si escucha, si sueña como Virgilio en las funestas llanuras de Philippos, la alucinacion de la catástrofe le sobrecoge de espanto. El pavoroso 18 de Junio revive; la falsa colina que sirve de monumento se borra, aquel leon se disipa, y el campo de batalla recobra toda su triste realidad: líneas de infantería ondean en la llanura; furiosas carreras atraviesan el horizonte; el soñador azorado ve el resplandor de los sables, el brillo de las bayonetas, el fogonazo de la artillería, el monstruoso estruendo de la tormenta; oye, como un lamento en el fondo de una tumba, el vago clamor de la batalla fantasma; aquellas sombras, son los granaderos; aquellos resplandores, son los coraceros; aquel esqueleto, es Napoleon; este otro esqueleto, es Wellington; todo esto no existe ya, y sin embargo, choca entre sí y combate aún; y los barrancos se enrojecen, y los árboles tiemblan, y hay furia hasta en las nubes, y en las tinieblas; todas aquellas alturas siniestras, Mont-Saint-Jean, Hougomont, Frischemont, Papelotte, Plan-cenoit, aparecen confusamente coronadas de torbellinos de espectros exterminándose unos á otros.

## XVII

## ¿DEBEREMOS HALLAR BUENO Á WATERLOO

Existe una escuela liberal muy respetable que no odia á Waterloo. Nosotros no somos de esa escuela. En nuestro juicio, Waterloo no es sino la fecha estupefacta de la libertad. Que tal águila salga de tal huevo, es seguramente lo inesperado.

Si nos colocamos en el punto de vista culminante de la cuestion, Waterloo es intencionalmente una victoria contrarevolucionaria. Es la Europa contra la Francia; es Petersburgo, Berlin y Viena contra París; es el *statu-quo* contra la iniciativa; es el 14 de Julio 1789 atacado al traves del 20 de Marzo de 1815; es el zafarrancho de las monarquías contra la indomable revolucion francesa. Sofocar en fin este vasto pueblo en erupcion hacia ya veinte y seis años; tal era el sueño. Solidaridad de los Brunswick, de los Nassau, de los Romanoff, de los Hohen-

zollern, de los Habsburgos con los Borbones. Waterloo lleva á la grupa el derecho divino. Es verdad que habiendo sido el imperio despótico, la monarquía, por la reaccion natural de las cosas, debia ser forzosamente liberal, y que, con harto pesar de los vencedores, salió de mala gana un orden constitucional de Waterloo. Es que la revolucion no puede ser verdaderamente vencida, y que siendo providencial y absolutamente fatal, reaparece ella siempre, ántes de Waterloo, en Bonaparte echando por tierra los tronos vetustos; despues de Waterloo, en Luis XVIII otorgando y sufriendo la Carta. Bonaparte coloca un postillon en el trono de Nápoles y un sargento en el trono de Suecia, empleando la desigualdad para demostrar la igualdad; Luis XVIII refrenda en Saint-Ouen la declaracion de los derechos del hombre. ¿Queréis daros cuenta de lo que es la revolucion? Llamadla progreso. ¿Queréis daros cuenta de lo que es el progreso? Llamadle mañana. Mañana consuma irresistiblemente su obra, y la consuma desde hoy. Siempre llega á sus fines, de una manera extraña. Él emplea á Wellington para hacer de Foy, que no era más que un soldado, un orador. Foy cae en Hougomont y se levanta en la tribuna. Así procede el progreso. Para este obrero, todos los útiles son buenos. Él acomoda á su trabajo divino, sin desconcertarse, al hombre que ha saltado por encima de los Alpes, y al buen viejo achacoso y vacilante del padre Eliseo. Sirvese del gotoso como del conquistador; del conquistador en el exterior, del gotoso en el interior. Waterloo, poniendo coto á la demolicion de los tronos europeos por medio de la espada, no produjo otro efecto que el de hacer que continuara el trabajo revolucionario en otra direccion. Concluyeron los espadichines, y llegó el turno á los pensadores. El siglo que Waterloo queria detener, ha marchado por encima y proseguido su camino. Aquella victoria siniestra fué vencida por la libertad.

Por último, es incontestable que lo que triunfaba en Waterloo, lo que sonreía detras de Wellington, lo que le traía todos los bastones de mariscal de la Europa, sin excluir, dicen, el baston de mariscad de Francia, lo que hacia rodar alegremente las carretadas de tierra mezclada con osamentas para elevar la colina artificial del leon; lo que escribió triunfalmente en el pedestal esta fecha: 18 de Junio de 1815; lo que alentaba á Blücher acuchillando á la derrota; lo que desde lo alto de la meseta de Mont-Saint-Jean se desplomaba sobre la Francia como sobre una presa, era la contra-revolucion. La contra-revolucion fué la que murmuró esta palabra infame: desmembramiento. Llegada á Paris, vió ella el cráter de cerca, sintió que aquella ceniza le abrasaba los piés, y mudó de consejo, decidiéndose á tartamudear una Carta.

No veamos en Waterloo sino lo que hay en Waterloo. Libertad intencional, ninguna. La contra-revolucion era involuntariamente liberal, á la manera que, por un fenómeno correspondiente, Napoleon era involuntariamente revolucionario. El 18 de Junio de 1815, Robespierre á caballo fué desarzonado.

## XVIII

### RECRUDESCENCIA DEL DERECHO DIVINO

Fin de la dictadura. Todo un sistema europeo vino á tierra.

El imperio se abatió en una sombra semejante á aquella en que espiró el mundo romano. Renacióse del abismo como en tiempo de los bárbaros. Sólo que la barbarie de 1815, á la cual es preciso dar su sobrenombre, la contra-revolucion, tenia pocos alientos, se ahogó pronto, y perdió todo género de eficacia social. Preciso es confesar que el imperio fué llorado, y llorado por ojos heroicos. Si la gloria está en la espada convertida en cetro, el imperio habia sido la gloria misma. Él habia derramado sobre la tierra toda la luz que la tiranía puede dar de sí; luz sombría. Diremos más: luz oscura. Comparada con el verdadero dia, aquella luz es la noche. Aquella desaparicion de la noche produjo el efecto de un eclipse.

Luis XVIII volvió á entrar en Paris. Las danzas en corro del 8 de Julio borraron los entusiasmos del 20 de Marzo. El Corso vino á ser la antitesis del Bearnés. La bandera de la cúpula de las Tullerías fué blanca. El destierro ocupó el trono. La mesa de pino de Hartwell tomó puesto delante del sillón flordelisado de Luis XIV. Hablóse de Bouvines y de Fontenoy como sucesos acaecidos ayer; Austerlitz habia ya envejecido. El altar y el trono confraternizaron majestuosamente. Una de las formas más incontestadas de la salvacion de la sociedad en el siglo diez y nueve se estableció en Francia y en el continente. La Europa adoptó la escarapela blanca. Trestaillon se hizo célebre. La divisa *non pluribus impar* reapareció en rayos de piedra que figuraban un sol en la fachada del cuartel del muelle de Orsay. Donde habia habido una guardia imperial hubo una casa roja. El arco del Carrousel, sobrecargado de victorias mal soportadas, extrañado en medio de aquellas novedades, un tanto avergonzado tal vez de Marengo y de Arcole, salió de apuro con la estatua del duque de Angulema. El cementerio de la Magdalena, formidable fosa comun de 93, cubrióse de mármol y de jaspe, por hallarse en aquel polvo los huesos de Luis XVI y de Maria-Atoñeta. En el foso de Vincennes salió de la tierra un cipo sepulcral recordando que el duque de Enghien murió en el mismo mes en que Napoleon fué coronado. El papa Pio VII, que habia hecho esta consagracion muy cerca de aquella muerte, bendijo tranquilamente la caída como habia bendecido la elevacion del emperador. Hubo en Schoenbrunn una débil sombra de edad de cuatro años, á la cual era sedicioso llamar el rey de Roma. Y todas estas cosas sucedieron, y aquellos reyes recobraron sus tronos, y el amo de la Europa fué encerrado en una jaula, y el antiguo régimen se convirtió en nuevo, y toda la sombra y toda la luz de la tierra cambia

ron de sitio, porque, en la tarde de un día de verano, un pastor dijo á un prusiano en un bosque: ¡ Pase usted por aquí y no por allí!

Este año de 1815 fué una especie de Abril lúgubre. Las viejas realidades malsanas y venenosas se cubrieron de nuevas apariencias. La mentira contrajo vil consorcio con 1789; el derecho divino se enmascaró con una Carta; las ficciones se hicieron constitucionales; las preocupaciones, las supersticiones, y las ideas más reaccionarias, con el artículo 14 en el corazón, se barnizaron de liberalismo. La serpiente cambió de piel.

El hombre había sido engrandecido y amenguado á la vez por Napoleon. Bajo aquel reinado de la materia espléndida, el ideal había recibido el nombre extraño de ideología. Grave imprudencia la de aquel grande hombre, poner en irrisión el porvenir. Los pueblos sin embargo, esta « carne para el cañon » tan prendada del artillero, le buscaban con todas sus miradas. ¿ En dónde está? ¿ Qué hace? Napoleon ha muerto, decía un cualquiera que pasaba á un inválido de Marengo y de Waterloo. — ¡ Muerto! ¿ él? exclamaba el veterano, ¡ ya le conoce usted bien! Las imaginaciones deificaban á aquel hombre derrocado. El fondo de la Europa, despues de la catástrofe de Waterloo, apareció tenebroso. El desvanecimiento de Napoleon dejó por mucho tiempo un vacío enorme.

Los reyes se colocaron en aquel vacío, pero no podían ellos llenarle. La vieja Europa se aprovechó de las circunstancias para reformarse, y celebró una Santa-Alianza. Bella-Alianza había dicho ya ántes el campo fatal de Waterloo.

En presencia y á la vista de aquella antigua Europa recompuesta, bosquejéronse los lineamentos de una nueva Francia. El porvenir, ridiculizado, por el emperador, hizo por fin su entrada, ostentando en su frente la estrella de

la Libertad. Los ojos ardientes de las nuevas generaciones se volvieron hácia él; y ¡ cosa singular! prendáronse al mismo tiempo de este porvenir, Libertad, y de este pasado, Napoleon. La derrota había engrandecido al derrotado. Bonaparte caído parecía más alto que Napoleon de pie. Los vencedores tuvieron miedo. La Inglaterra le hizo guardar por Hudson Lowe, y la Francia le hizo espiar por Montchenu. Sus brazos cruzados vinieron á ser la inquietud de los tronos. Alejandro le llamaba: mi insomnio. Este pavor nacía de la cantidad de revolucion que el contenía en sí, que es lo que explica y disculpa el liberalismo bonapartista. Aquel fantasma hacía estremecer al mundo antiguo. Los reyes no reinaban tranquilos; divisoando siempre sus ojos la roca de Santa-Elena en el horizonte.

Mientras que agonizaba Napoleon en Longwood, los sesenta mil hombres que sucumbieron en el campo de Waterloo se pudrieron tranquilamente, y algo de la paz que ellos disfrutaban se esparció por el mundo. El congreso de Viena hizo con ella los tratados de 1815, y la Europa dió á aquello el nombre de restauracion.

Hé aquí á lo que se reduce Waterloo.

¿ Pero qué importa eso al infinito? toda esa tempestad, todas esas nubes, esa guerra, y despues esta paz, toda esta sombra, no turbó un momento la claridad de la inmensa vista para la cual el insecto diminuto que salta de una á otra hebra de yerba iguala al águila que vuela de campanario en campanario á las torres de Nuestra-Señora.